



**La mujer adora  
los brillantes**

Pauline Starke  
Douglas Fairbanks (hijo)







## La Novela Metro-Goldwyn

Publicación semanal de argumentos  
de películas de

Núm. METRO-GOLDWYN-MAYER 25  
22 :: y FIRST NATIONAL :: Cénts.

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis. - Barcelona

## La Mujer adora los Brillantes

Dramático asunto, interpretado por  
PAULINA STARKE, DOUGLAS FAIR-  
BANKS (hijo), OWEN MOORE, etc.

METRO-GOLDWYN MAYER

EXCLUSIVA DE

Metro-Goldwyn Corporation

Mallorca, 220. — BARCELONA

J. Norta, impresor. - Cortes, 719, Barcelona





## La Mujer adora los Brillantes

### Argumento de la película

¿Es la fascinación de los brillantes más fuerte que la mujer? Quizás no, pero su atractivo milagroso se deja sentir irresistiblemente sobre casi todas ellas.

Ninguna mujer podía como Marta Day realzar la belleza de las gemas preciosas con la suya propia.

Marta era muy femenina, tardaba un segundo en decidirse y una hora en arreglarse.

Es necesario que en la fauna humana existan madres de todas clases, así la señora Ferrow se hacía pasar por la madre de Marta Day, aunque en realidad era una señora de compañía.

Divinamente hermosa, Marta, tentada por el lujo, había cedido a los amorosos requerimien-

tos de Hugo Harla, el rey del petróleo, un hombre de mediana edad que se enorgullecía de poseer aquella preciosa amiga.

Era, pues, Marta, la muñeca, el juguete lindo de Hugo. A cambio de su amor, le daban joyas, perfumes, automóvil, una casa espléndida, toda una existencia cara...

Hugo no quería que su seriedad de hombre de negocios se viera comprometida por aquella aventura. Había instalado a Marta en una lujosa casa, y para que no chocaran sus visitas se titulaba tío de la joven.

Marta, interiormente, protestaba contra aquella vida. Llevada de modo casi inconsciente hacia el abismo de la vida galante, su alma se mantenía pura y virginal deseando el verdadero amor que todo lo santifica. No podía evitar hacia Hugo un sentimiento de repulsión.

Hugo estuvo una tarde a visitar a su linda protegida. Después de besarla, le dijo dándole a leer un periódico:

—¿Qué hay de eso?

Marta pasó los ojos por el diario:

*Corren rumores de que Marta Day, la bellísima sobrina de Hugo Harla, el opulento rey del petróleo, contraerá matrimonio con el joven Terry Croker Kelly.*

—¡Nada! — dijo Marta, sonriente —. Un "flirt" sin interés. Precisamente ahora voy a



tomar el te allá... y a conocer a su madre y a su hermana.

—No me gusta eso, Marta. Aunque para



*...Marta, la muñeca, el juguete lindo de Hugo.*

todo el mundo seas tú mi sobrina postiza... quiero que seas una sobrina... soltera, ¿entiendes? Y no obras bien dándole esperanzas a ese tonto.

—El se las toma por sí mismo. ¡Tiene mucha gracia!

—Me complacerías no yendo a su casa.

—Tú nunca me dejas ir a ninguna parte. El automóvil me está esperando... y yo me voy. Y no temas, no me voy a enamorar de Kelly.

Salió rápidamente al escuchar que llamaban a la puerta. Kelly venía a buscarla para ir juntos a casa de mamá.

Hugo la vió desaparecer con melancolía, temiendo que se le escapase el amor de aquella muchacha. Rondaba demasiado, él hubiese deseado todas las rejas del harem para su custodia.

La muchacha estrechó cordialmente la mano de Kelly, por quien no sentía más que una ligera inclinación, y se instaló en el automóvil.

El chofer, un muchacho llamado Miguel Patricio Regan, miró a su señorita y empuñó el volante. ¡Le gustaba tanto Marta... pero le parecía tan lejana e inaccesible para él!

Media hora después llegaban a la aristocrática residencia de los Croker Kelly. La madre y la hermana de Kelly eran dos mujeres de una elegante distinción. Ignoraban que Marta fuese realmente la "amiga" del rey del petróleo, creyéndola su sobrina, y así, no veían con malos ojos el "flirt" iniciado entre Kelly y la muchacha.

Kelly, riendo, presentó a Marta diciendo ante su madre:



—A la más adorable de las madres, le presento la más adorable de las jóvenes...

Marta saludó encantada, queriendo olvidarse por entero de su existencia pecaminosa.

—Mi hijo ha cambiado mucho desde que usted ejerce su encanto sobre él.

—Espero que el cambio haya sido favorable, ¿no? — dijo Marta, riendo.

Luego, después de conversar largo rato, se dirigieron todos a tomar el te en el jardín. Kelly y su familia parecían entusiasmados de tener en su casa a la muchacha. ¡Ahí era nada la sobrina del rey del petróleo! ¡Un partido insuperable!

Dorotea, la hermana de Kelly, y Marta, parecieron hacerse muy buenas amigas. Marta sonreía, queriendo aturdirse exteriormente con aquella felicidad que le brindaban y que jamás sería para ella.

¡Cómo les estaba engañando a todos! ¿Qué hubiera dicho aquella noble dama al saber quién era Marta realmente? ¡Una cualquiera que ocultaba su vicio bajo la careta santa de un supuesto lazo familiar!

No, Marta no sentía amor por Kelly. Pero hubiera preferido una existencia honrada y pura con él que su vida equívoca al lado de Hugo.

Dorotea se llevó a Marta, después que tomaron el te, a pasear por el jardín.

—Ahora que estamos solas, vamos a conversar un poquito, ¿le parece? — dijo Dorotea.

—Con mucho gusto.

—Yo adoro a mi hermano, a pesar de que me trata como a una chicueta. Yo sé que él la quiere a usted, y ahora que la he conocido, me alegro de ello. Usted le hará feliz, ¿eh?

Marta calló. ¡Imposible!

—El amor mejora a todos — siguió diciéndolo Dorotea—. Mi hermano es un poco calaverilla, pero si se casa con usted sentará la cabeza.

—¡Quién sabe!

Se sentía interiormente disgustada. Aquella familia rica y aristocrática le daba su cariño y su protección, y ella no podría aceptarlo nunca. Era una intrusa, estaba mintiendo.

El diálogo fué interrumpido por la presencia de Kelly. Este, que no había podido conseguir que Marta accediese hasta entonces a su cariño, se llegó a las dos muchachas y dijo a la que era dueña de su corazón:

—Yo sé perfectamente qué es lo que se opone a nuestro matrimonio.

Marta tembló. ¿Habría descubierto aquel hombre?

—Su tío — siguió diciendo Kelly.

Llamearon los ojos de la amiga de Hugo.

—Rogué a su tío que viniera aquí un momento, y acaba de llegar.

—¿El? ¿Hugo aquí? ¿Por qué ha hecho usted esto? ¿Qué habrá pensado?

—A un hombre enamorado nada le detiene. Voy a hablar con su tío y a pedirle su consentimiento.

—¡Oh, no... no!...



Pero Kelly con la audacia del hombre que ama, se había alejado ya y entraba en el interior de la casa.

Marta quedó pálida, horrorizada, pensando que todo iba a descubrirse. ¿Qué iba a decir aquel joven de la alta sociedad cuando supiera quién era ella?

Escuchaba sin oír las frases melosas de Dorotea.

—Me encanta la idea de que se case con Kelly. ¡Me muero de ganas de tener sobrinos!

Y siguieron andando por el jardín, la una ingenua e inocente; la otra carcomida por insubribles pensamientos.

Kelly se había dirigido a la salita donde aguardaba Hugo Harla. Este, que había recibido por teléfono media hora antes la súplica de aquella visita, estaba intranquilo. ¿Qué le quería aquel rondador de su amiga?

Los dos hombres se estrecharon la mano, y Kelly dijo:

—Sin duda le ha intrigado a usted mi petición de que viniese a verme.

—Usted dirá... — respondió fríamente Hugo.

—Mire usted, señor — dijo jovial y alegre el muchacho —, a todo hombre le llega una época en la vida en que comprende la necesidad de sentar la cabeza.

—No entiendo...

—En una palabra, señor, para ser breve: tengo el honor de pedirle la mano de su sobrina.

Hugo le miró con altivez y sonrió desdeñosamente. ¡Estúpido!

—¡Imposible! ¡No! — respondió.

—Pero... señor... Yo no soy un muchacho tan despreciable... tengo familia... nombre... una posición.

—Terminemos la entrevista. Le he dicho a usted que nunca.

—Entonces nos casaremos sin el consentimiento de usted.

—Se guardará usted de hacerlo.

—Trate de impedirnoslo.

Marta, que había dejado a Dorotea, escuchaba desde una salita cercana. Su pobre corazón temblaba angustiado...

—Puedo impedirlo — siguió diciendo Hugo —. Dígame usted, ¿está usted seguro de que Marta es digna de estar en casa de su madre?

—¿Qué quiere usted decir? ¡Es horrible! ¡Hable! ¡Y es usted, su tío, quien insinúa esa sospecha? — dijo Kelly aterrado.

—Yo no soy su tío... sino... el hombre que la mantiene... y paga todos sus lujos.

—¡Oh!

Retrocedió asombrado, con los ojos amarillos por la sorpresa. Miraba a aquel hombre que tenía delante con honda repulsión. ¿Pero era posible tal indignidad?

Herida por el más vivo dolor, apareció Marta en la salita.

—Marta — gritó Kelly —. ¿Has oído? Ha-



bla, ¿ese hombre es tu tío o no? ¿Es cierta la infame acusación?

Ella bajó los ojos llenos de lágrimas.

Kelly la miró con espanto. Y entonces se fijó en las magníficas joyas que llevaba.

—Dime, ¿esta pulsera es legítima? ¿De veras son estos diamantes verdaderos?

—Todo se lo regalé yo... — dijo Hugo.

—¡Qué asco! ¿Y cómo te atreviste a permitir que fueras presentada a mi madre y a mi hermana?

! Marta no tenía fuerzas para contestar. Hugo reía sarcásticamente.

—Es usted un ingenuo, señor — dijo Hugo —. Cuando haya vivido usted un poco más se convencerá de que las mujeres son como el huracán: toman el camino que les place.

—¡Nunca hubiera creído eso de Marta... nunca!

Ella levantó los ojos y, mirando seriamente a su "tío", dijo:

—¿Quieres hacerme el favor de llevarme a casa?... Y tú, adiós, Kelly... y gracias por haberme invitado aquí. Nunca te volveré a molestar.

Y salió con Hugo mientras Kelly la envolvía en una mirada de desprecio. ¡Qué desilusión! ¡Y él había puesto los ojos en una mujer como aquella!

Un gran dolor se albergaba en el alma de Marta. ¡Estaba condenada a ser para siempre la esclava de Hugo!

Subieron al automóvil. Ella lloraba...

Patricio, el chofer, descubrió las lágrimas de su señorita y se sintió interiormente conmovido. ¡Cuánto padecía la pobre! Pero él ignoraba los



—¿De veras son estos diamantes verdaderos?

verdaderos lazos de unión existentes entre Hugo y Marta.

Partió el *auto* y Hugo dijo a su amiga:

—Ese Kelly me amenazó con casarse secretamente contigo, y tú sabes que yo no puedo consentir en perderte.

—Sí... ya veo que me proteges — dijo ella con ironía.



—Nunca te casarás sin decirle a tu futuro que yo te amo... y que tú me correspondest... a tu manera.

—¡Gracias!...

—No te enfades, Marta, tú sabes que yo no podría vivir sin mi alegre jilguerillo.

Quiso acariciarla, pero ella se apartó rabiosa, repugnándole la compañía de aquel hombre.

Después, en silencio llegaron a la residencia de ella.

\*  
\*\*

Aquella noche, Patricio, el chofer de Marta, como de costumbre, se dirigió a su casa.

Vivía en el modesto hogar de su hermana, Elena, que estaba casada con Sam, otro chofer, y tenía tres hijos... y otro que no tardaría en nacer.

Reinaba en aquella casa la felicidad resignada de los humildes. El cuñado de Patricio, cuando estaba en casa, manejaba el jazz-band como el mejor instrumentista.

Armaba con sus hijos un ruido de todos los demonios; los pequeños con martillos y cacerolas imitaban la radio y las orquestas de los cabarets. ¡Una delicia para los oídos filarmónicos!

Patricio, aquella noche, después de saludar y besar a los niños, quedó apesadumbrado en un rincón.

Su hermana, comprendiendo que algo anormal le ocurría, le dijo:

—¿Qué te sucede? ¿Por qué estás preocupado? ¿Vienes disgustado o estás fatigado por el trabajo?

El quiso excusarse primero asegurando que se encontraba perfectamente bien, pero tanto insistió su hermana, que acabó por decir:

—Bueno, si te empeñas en saber... Mi señora debe estar sufriendo mucho.

—¿Por qué?

—Hoy, cuando venía con su tío, en el auto, la vi llorando. ¡Me impresiona tanto verla llorar!

Y había en sus palabras como un temblor de emoción, de interés realmente extraordinario.

—¿Y eso, qué puede interesarte? — dijo ella —. Tú no eres más que el chofer.

—¡Nada más que el chofer! — murmuró con triste entonación Patricio.

Y sus ojos se llenaron de lágrimas que quiso furtivamente disimular. Elena recogió aquel gesto, no se le escapó el dolor de su hermano y comprendió que éste se había enamorado de su señorita. ¡Qué locura!

—Eres un tonto si te has enamorado de ella — le dijo.

Al ver descubiertos sus pensamientos, Patricio se enfadó:



—¡Calla, calla, no digas tonterías! Métete en tus asuntos.

—Mis asuntos son los tuyos y por eso me meto en ellos.

—No quiero que me digas nada. Sé muy bien lo que tengo que hacer...

Y fué a encerrarse en su cuarto, mientras su hermana volvía a reunirse con los suyos, extremadamente nerviosa.

Pasó Elena aquella noche sin poder dormir. Sentía por su hermano una adoración profunda y quería evitarle aquel amor que consideraba fatal. ¡Enamorarse un modesto chofer de la sobrina del millonario Hugo! Vió para Patricio un porvenir doloroso y tomó la resolución de evitar que fueran las cosas adelante.

A la siguiente mañana, se dirigió a casa de Marta. Esta se hallaba en el tocador, arreglando su "toilette" en compañía de una amiga suya.

Marta se había propuesto olvidar el suceso del día anterior; al fin y al cabo ella tampoco amaba a Kelly y era preferible rechazar para siempre aquel inoportuno recuerdo. Su único porvenir estribaba en permanecer por desgracia al lado de Hugo.

Una doncella le advirtió que la hermana del chofer deseaba verla.

—¡Oh, yo no debía recibir a nadie! — dijo Marta a su amiga —. Soy tan infortunada. Cada vez que me arreglo, lloro después y me pongo imposible.

Tardó más de un cuarto de hora, en acicalarse y se dirigió a la salita donde angustiada, febril, esperaba Elena.

Esta quedó deslumbrada al ver aparecer la figura arrogante de Marta.

—Yo no he debido venir — dijo —, pero perdón, señorita...

Comenzó a llorar. Marta acortó secamente aquel desconsuelo.

—Me disgusta mucho ver a una mujer llorando. ¿Qué sucede?

—¡Oh, no... no... es una locura... usted perdone... adiós!

Y, sin ánimos para decir el objeto de su entrevista, huyó precipitadamente, dejando a Marta en plena confusión.

—¡Qué cosa más molesta es soportar a estas gentes que lloran tan destempladamente! — se dijo la elegante —. ¿Qué querría esta necia? ¡Y qué aspecto! ¿Por qué descuidarán tanto su apariencia las mujeres de su clase?

Y ya no volvió a preocuparse más de su rara visitante.

Cuando Elena explicó a su hermano la visita efectuada, Patricio puso el grito en el cielo. Loca... locuela, ¡cómo le había puesto en ridículo! Y aquella tarde, cuando fué a buscar a su señorita, al subir ésta al auto, le dijo:

—Siento mucho que mi hermana la moleste, señorita... pero las mujeres tienen caprichos y rarezas cuando... cuando se espera un nuevo miembro de la familia.



—¿Qué quería? ¿Usted lo sabe?

—No, no logro adivinarlo...

Ella montó en el coche no sin antes contemplar fijamente los ojos del chofer y sentir un malestar extraño. ¿Por qué la miraba de aquel modo Patricio?

Pero no volvió a pensar más en él.

\*  
\*\*

¿Qué nuevo sentimiento anidó en días sucesivos en el alma de Marta Day que ya los diamantes no ejercían sobre ella su mágica influencia?

Unos días después del incidente en casa de Kelly, comenzó a sentir mayor despego que nunca por Hugo Harla.

Una noche se encontraba Hugo en casa de ella. Había ido a buscarla, pero no parecía tener prisa para salir.

—El automóvil está esperando — dijo Marta de pronto —. ¿Vamos al teatro o no?

—Marta, prefiero que nos quedemos en casa, conversando en la intimidad de dos buenos amigos — le respondió Hugo.

Ella hizo un gesto de disgusto.

—Tú eres la única mujer que ha podido hacer de mí un esclavo.

—Y tú el único hombre que ha podido esclavizarme — respondió, furiosa.



—Siento mucho que mi hermana la molestase, señorita...

—¡Marta, pobre ángel mío!

Quiso abrazarla, pero ella le rechazó, e invadida por un acceso de rabia, comenzó a tirar por tierra cuanto encontró sobre una mesa, entre ello, una lámpara de gran valor.



Acudió la supuesta madre de Marta, tipo repulsivo de mujer, y dijo:

—Siempre creí que te gustaba esa lámpara.

—¿Habría habido mujer más desgraciada que



—Tú eres la única mujer que ha podido hacer de mí un esclavo.

yo? Entre todos me habéis conducido a la ruina...

Y lloró con desesperación, mientras Hugo, tranquilamente, se marchaba.

Media hora después ocurría un grave accidente en la calle. Sam, el marido de Elena, ha-

bía resultado gravemente herido por haber volcado su coche. Recogido fué llevado al hospital.

Un compañero de Sam se encargó de comunicar la noticia a Elena. Esta, enloquecida de espanto, telefoneó a Patricio.

—Un accidente, Sam está herido. Pero me deben ocultar la verdad, Patricio, Sam ha muerto... yo sé que ha muerto.

—Mujer, cálmate, por Dios. ¡Yo vengo en seguida! — dijo Patricio.

Comunicó la noticia a su señorita Marta, y ésta, repentinamente interesada por la familia de su chofer, quiso acompañarle en el *auto* a casa de él. ¿Qué habría podido sucederle al marido de aquella mujer triste?

Patricio agradeció en el alma aquella delicada atención y voló hacia su hogar con Marta.

Allí le esperaban todavía nuevas y dolorosas noticias. Encontró a sus sobrinitos llorando con la desesperación nerviosa del miedo.

—¡Papá... mamá!...

Patricio y Marta se enteraron por los vecinos de lo ocurrido. Elena se había desvanecido a consecuencia de la impresión y acababa de ser transportada al hospital.

La señorita y el chofer se dirigieron inmediatamente a este centro benéfico. Marta estaba conmovida. ¡Pobre gente! ¡Qué golpe para ellos!

Nervioso, Patricio preguntó a una enfermera por el estado de Elena y de Sam.



—Se trata de mi hermana y de mi cuñado, señorita, ¿viven? Dígame, por Dios!

La enfermera fué a enterarse y poco después regresaba trayendo importantes nuevas. Elena acababa de dar a luz un niño. El recién nacido estaba fuerte y robusto, pero, en cambio, no podía responderse de la vida de la madre. Era imposible predecir aún nada.

—¡Mi pobre hermana! ¡Esta trágica impresión! ¿Y Sam?

—El médico dice que se salvará.

Pasó más de una hora. Marta, dulcemente conmovida por aquella tragedia familiar, esperaba al lado de su chofer, que permanecía abatido.

Salió un médico con el rostro grave de los momentos angustiosos.

Patricio, confiado en un resultado favorable, se acercó a él:

—¿Qué tal la enferma? Vive, ¿verdad?

—¿Usted es su marido? — le preguntó severamente el doctor.

—No, señor; soy su hermano.

—Estuvo muy valiente.

—Sí, señor, es valiente como pocas.

—Y usted también tiene que ser valiente.

—¿Qué quiere decir?

—¡Animo, muchacho! ¡Su hermana ha muerto!

Y estrechándole la mano cariñosamente, se alejó con la fría impasibilidad de los hombres de ciencia.

—¡Pobre mujer! — dijo Marta —. Crea que siento de veras lo que ha pasado.

—¡Quién podía imaginarlo! — dijo Patricio sollozando —. Ayer mismo reía con los niños con más alegría que nunca.

—¡Consuélese, Patricio! ¡No se deje usted abatir por el dolor! ¡Piense ahora en su cuñado y los niños!

Y su palabra fué tan dulce que poco a poco se sintió el chofer invadido de una suave paz que aquellas palabras piadosas le enviaban.

¡Qué buena era la señorita! ¡Cuánto se interesaba por él!

\*  
\*\*

Sam tuvo que permanecer dos meses en el hospital atendiendo a la curación de sus heridas graves.

Y los niños — el pequeño había sido trasladado a una casa de lactancia — eran cuidados exclusivamente por Patricio... y también por Marta que con frecuencia iba a visitarlos y a entregarles juguetes.

Durante aquellos meses la conducta de Mar-



ta fué ejemplar. Y su misma servidumbre comentaba el cambio experimentado en la señorita.



*...la conducta de Marta fué ejemplar.*

—Desde aquella memorable noche, ella no se ha vuelto a ocupar del "tío" — decía una doncella pizpireta y alocada, que estaba en el secreto de lo de Hugo.

—Va todos los días a ver a esos niños, sobrinos del chofer... ¿No irá por Patricio? — dijo otra criada.

Y sonreía comentando de modo malévolamente aquella amistad.

Un día, Marta fué como de costumbre a ver a los chiquillos casi abandonados. Una niña, la mayorcita, le dijo haciéndola entrar:

—Perdone este desarreglo, señorita; es imposible tener nada limpio habiendo hombres en casa...

Y señaló a Sam que había sido ya transportado a su hogar y que caminaba todavía penosamente arrastrando su pierna hinchada.

Patricio no se encontraba en casa y Sam expresó a la simpática señora todo el inmenso agradecimiento de ellos por cuanto había hecho durante los largos días de prueba.

Los niños, entusiasmados con los juguetes, habían ido a otra habitación, y Sam y Marta se hallaban solos.

Sam contempló a la hermosa mujer. Sabía que Patricio estaba pensando siempre en ella, con un amor silencioso, imposible, pero que roía su corazón. Y Sam quería evitar que su cuñado cayera en el abismo de amar a una mujer de alta clase.

—Señora — le dijo —, como usted es tan buena... creo... si le puedo decir lo que tengo que decirle...

—¿A mí? No vacile...

—Es algo que preocupó mucho a mi esposa



en los últimos tiempos. Usted es muy buena, señorita, pero ¿no se da cuenta? Usted es una



—...es imposible tener nada limpio habiendo hombres en casa.

gran señora... y él... Patricio... un modesto chofer...

Una gran inquietud se apoderó de Marta. ¿Qué decía aquel hombre? Y aquellas palabras

parecieron descubrir el misterio que reinaba en su corazón. ¡Qué horror! Inconscientemente ella se había enamorado de Patricio, lo comprendía bien, y aquellas atenciones, aquellas delicadezas hacia la familia del chofer, no eran más que consecuencias de aquel amor.

Pero ella no se había dado cuenta... y ahora aquel hombre exponía la cruda verdad...

—Señora — siguió diciendo Sam —, tiene usted que pensar en despedirlo de buena manera.

—Está usted en un error — dijo Marta —. ¡No es verdad! ¡Patricio no está enamorado de mí!

—¡Sí lo está, señora, sí! Cuando habla de usted se le llenan de lágrimas los ojos como si una mano de hierro le apretara el corazón.

Ella tenía que realizar esfuerzos por no llorar también. ¡Y qué horror, qué pena! Ella amaba a Patricio. Pero no era la diferencia de posición social lo que le apartaba de él, sino su vida de pecadora junto a Hugo Harla lo que le levantaba una muralla infranqueable.

¡Ah, los brillantes, el lujo, cómo la habían perdido! ¡Primero Kelly, ahora Patricio... y siempre así... y todos los hombres que se acercasen a ella con amor honrado, tendrían que abandonarla!

—Bien — dijo levantándose —. He entendido perfectamente. No volveré más...

Y se alejó de aquella casa, después de abra-



zar a los sobrinos de Patricio. Y apenas hubo salido la mujer, los niños arrodillados hicieron su oración nocturna:

—¡Dios bendiga a mamá que está en el cielo! ¡Dios bendiga a la señorita Marta y la haga siempre feliz!

Al día siguiente, Marta llamó al chofer Patricio y le dijo:

—Me voy de aquí para no volver jamás...

—¿Se va usted? — preguntó el chofer, sorprendido.

—Sí... no nos volveremos a ver — dijo con melancolía —. Su cuñado me hizo ayer ciertas revelaciones...

—¿Cómo?

—Me dijo que estaba usted enamorado de mí...

El dolor, la vergüenza, la sorpresa hirieron a Patricio. ¡Estúpido Sam! ¿Por qué había hablado? ¿Qué pensaría Marta de su atrevimiento? ¡Marta, la "gran señora"!

—Señora, yo... — murmuró — usted perdóne. Es cierto... la venero ...pero respetuosamente... sin atreverme a llegar...

Marta le acarició con la mirada. Y no vio en aquel hombre a su chofer, sino al amor. Le gustaba ese joven respetuoso y tímido, honrado y noble. Pero, ¡ay! ¡la vida!

—En diferentes circunstancias — murmuró ella — su amor lo hubiera significado todo para mí...

—¡Oh, señorita! Es verdad... ¿usted me quiere entonces?

Se sintió ya más audaz, en su corazón el sol del amor brillaba.

—¡Señorita Marta! — gimió.

—¡Cállese, querido — dijo ella con irrevocable resolución —. Eso no puede ser, nunca, nunca...

Le señaló la puerta y Patricio abandonó desconsolado la estancia. Marta se enjugó una lágrima furtiva. ¡Maldita vida!

Segundos después apareció Hugo Harla que había escuchado la conversación. Entró con una sonrisa fría, cruel...

Marta estaba nerviosa y le dijo:

—He decidido marcharme... muy lejos de aquí... y ahora mismo.

—Bueno, ¿y adónde vas?

—A cualquier parte. Donde pueda trabajar y llevar una vida más digna.

—Me sorprendes... ¿Y por qué marchas? ¿No estás contenta a mi lado?

—Estoy harta de ti... y te dejo. Sólo me has traído disgustos.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Trabajar en algún taller?

—Probablemente.

—¡Embustera! ¡Tú no vas a trabajar!

—¿Qué sabes?...

—Lo que vas a hacer es escaparte con el chofer — rugió Hugo.



—Desgraciadamente tú has hecho eso imposible.

—¿Desgraciadamente? ¿Acaso tú le quieres?

—Calla... y no me digas más.

—Oí tu entrevista con Patricio. ¿Por qué no le dijiste la verdad? — agregó Hugo, venenoso —. Te la hubiera agradecido seguramente. El no debe saber lo que tú significas y eres para mí...

—Nunca lo sabrá — dijo Marta, muerta de vergüenza.

—¿De veras? Ya tendré ocasión de contárselo todo yo mismo.

—¡Oh, no harás eso! Si me tienes un poco de estimación, no dirás nada.

—¡Quédate aquí, pórtate bien... y él nunca sabrá!...

—¡Oh, no! — protestó Marta —. Me repugnas... no quiero vivir ya más contigo. Quiero huir, muy lejos...

—Pues voy a llamarle y le explicaré lo que eres.

Hugó avanzó unos pasos, pero corriendo delante de él, Marta gritó desesperada:

—¡Yo misma se lo diré todo! Ya que no hay otro remedio, confesaré. Pero no serás tú quien se lo diga.

Abriendo la puerta hizo llamar al chofer.

Hugo estaba sorprendido por aquel acto de audacia.

—Mujer... ¿qué haces? — dijo —. ¿Estás loca?

Nada respondió Marta, y al aparecer Patricio ella, señalándole a Hugo, le gritó con la voz rota y lastimosa:

—Este hombre no es mi tío... sino mi "amigo"... Y la mujer que usted cree que es mi madre, no es mi madre tampoco, sino una empleada de él.

Tenía la arrogancia de la desesperación. Patricio, horrorizado, la contemplaba... y miraba a Hugo que sonreía irónicamente.

—Señorita — murmuró —, yo no creo...

—Tiene usted que creerlo. Sí, soy la amiga de ese hombre... Y ya sabe usted ahora qué clase de mujer ha estado usted venerando...

—¡Dios mío... Dios mío! — murmuró Patricio, enloquecido.

Y, sintiendo que sus piernas flaqueaban, huyó de la estancia, creyendo que el mundo daba vueltas y la tierra se hundía bajo sus pies.

—Y ahora — siguió diciendo Marta a Hugo —, ya no me verás más. Nada quiero saber de ti... nada... Me das asco... has arruinado mi vida... huiré muy lejos.

Y febrilmente, le señaló la puerta, que tomó Hugo Harla, el rey del petróleo, con una tranquilidad de hombre cruel.

—¡Eres una locuela! — dijo —. Ya te arrepentirás de lo que has hecho.

Y al marchar, sonrió a la pizpireta doncella, que pareció conmoverse ante la alegre mirada del rey del petróleo.



\*  
\*\*

Llegó otro invierno...

Durante aquel año, Patricio no había podido olvidar a Marta, de la que se había separado tan inesperadamente.

Los primeros meses la odió al descubrir la farsa en que vivía al enterarse de lo que era Hugo para ella.

Mas ahora, transcurridos unos meses, volvía el amor a renacer en su corazón. Marta no era mala. ¡Cuántas veces la había visto él llorar, afligida por aquel malvado Hugo!

El seguía queriéndola como nunca, aumentando la separación el amor.

Patricio ejercía ahora de chofer de taxímetro... y un día vió descender de otro coche ante un hotel a Hugo Harla, acompañado de una mujer...

¿Sería ella, Marta? Quiso comprobarlo, acercándose a la joven. Pero su sorpresa fué enorme el encontrarse que aquella elegante muchacha, que usaba alhajas de gran valor, era nada menos que la antigua sirvienta de Mar-

ta, ascendida a la categoría de amiga del millonario.

Esto le causó gran alivio. Y Marta, ¿dónde podía estar? ¿Qué haría ella?

Indagó en la casa donde antes había habitado la desgraciada. Y el portero le habló de que la antigua señorita ejercía de enfermera en el hospital.

Sin vacilar, Patricio corrió hacia allí y tuvo la inmensa satisfacción de verla, ungida con las tocas blancas de enfermera de la Cruz Roja.

—¡He venido por ti!... ¡No puedo vivir sin tu compañía, Marta... te necesito!

Ella, sorprendida, lloró, negóse al principio. Ahora pertenecía a los enfermos, quería lavar su existencia del pecado con el dolor.

El suplicó con palabra ardiente:

—Tú aun puedes vivir conmigo, Marta. Durante muchos meses has permanecido en este hospital sacrificándote en aras de los enfermos. Yo también estoy enfermo... Marta mía... te necesito. ¿No me querrás curar? Tu alma es buena... olvidemos el día de ayer... para pensar únicamente en nosotros...

Y la abrazó dulcemente y ella, emocionada, reclinó sobre su hombro su cabecita blanca por la toca en la que brillaba la roja y santa Cruz que manda perdonar...

FIN



**Próximo número:**

La interesante novela

## **LA DANZARINA DE MONTMARTRE**

por Bárbara La Marr y Lewis Stone

Acaba de ponerse a la venta la 2.<sup>a</sup> edición de

## **BEN-HUR**

por Ramón Novarro

Pida este gran asunto a su librero antes de  
que se agote. EDICIONES ESPECIALES de

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

Con el éxito de BEN-HUR corre parejas el de

## **EL DEMONIO Y LA CARNE**

**EN BREVE:**

LA CASTELLANA DEL LÍBANO

por Arlette Marchal e Ivan Petrovich; y

**¡ ACONTECIMIENTO !**

**LA TIERRA DE TODOS**

por Antonio Moreno y Greta Garbo



Ediciones  
BISTAGNE